

UNIDAD 12: MARIOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

María, Madre de Cristo, tiene en la fe y en la vida de la Iglesia un lugar y un sentido que superan ampliamente los puntos particulares del dogma en el que está implicada. Un estudio teológico sobre María será siempre un intento de procurar entender la riqueza de los contenidos de nuestra fe sobre la Santísima Virgen. Ella entra en la teología ya que tuvo un papel positivo en la obra de la salvación.

El capítulo VIII de la *Lumen Gentium* trata de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. La intención del Concilio al exponer la doctrina de la Iglesia queda de manifiesto en este texto:

“...quiere aclarar cuidadosamente tanto la misión de la Bienaventurada Virgen María en el misterio del Verbo Encarnado y del Cuerpo Místico, como los deberes de los hombres redimidos hacia la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, en especial de los creyentes...” (LG 54).

La importancia de este capítulo consiste en el valor de la síntesis doctrinal y en el planteo del modo de tratar la doctrina referente a la Beata Virgen, encuadrada en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

En María la Iglesia ve realizadas todas las promesas de Jesucristo. Ella es la primera entre los discípulos de Jesús, en escuchar su Palabra y en cumplir su Voluntad.

- * Para que puedas dirigir tu mirada a la Madre, antes de seguir conociendo la obra de Dios en ella y por medio de ella te invitamos a orar con esta canción:

<https://www.youtube.com/watch?v=PwKTikZhvVw>

MARÍA EN LA SAGRADA ESCRITURA

María, la “Madre del Señor” (Lc 1,43), ocupa un lugar discreto, pero importante en la Escritura. Ninguna persona estuvo más cerca de Cristo, en su cuerpo y en su espíritu, desde su origen. Ella formó su humanidad en la gracia, la fe, el servicio, la caridad y la pobreza evangélica (cf. Lc 1,28-48). Ella lo trajo al mundo en la cueva de Belén (Lc 2,5-7; cf. Mt 2,1.12); estuvo presente en los treinta años de su vida oculta (Lc 2; 3,23); en Caná (Jn 2,1-12); en el calvario (Jn 19,25-27) y en Pentecostés (Hech 1,14; 2), cuando se extiende sobre toda la Iglesia (Hech 1,8; 2,1-21) aquella venida del Espíritu Santo que había comenzado sobre ella en la Anunciación. Esta conexión entre María y el Espíritu Santo ha sido asumida por el Concilio en *Lumen Gentium* Nro. 59 y *Ad Gentes* Nro. 4.

MARÍA EN LA FE DE LA IGLESIA

María ocupa un lugar importante en la vida de la Iglesia. La historia del dogma y de la teología atestiguan la fe y la incesante atención de la Iglesia hacia María y su misión en la historia de la salvación.

María es Madre y modelo de la Iglesia. Ya que ella, que según el anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo y entregó la vida al mundo, es conocida y honrada como verdadera Madre de Dios Redentor. Redimida por los méritos de su Hijo y a El unida, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo. Al mismo tiempo ella está unida en la estirpe

de Adán con todos los hombres que han de ser salvados. Más aún, es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles.

Así, María es miembro, madre, figura, modelo, abogada, auxiliadora, mediatrix, imagen escatológica y primicia de la Iglesia.

Nos recuerda el Santo Padre en EG n° 288:

*“Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. [...] María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «sin demora» (Lc 1,39). **Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización.** Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo.”*

- * Antes de seguir aprendiendo un poco más de María y su vínculo con la Iglesia como imagen de ella, te compartimos este link para poder introducir lo que sigue a continuación:

https://www.youtube.com/watch?v=1sxAlnPCYw&list=PLIcePO_eJb29N9A8jilhxdVa_nyZVhEnT&index=62

LOS DOGMAS DE FE REFERIDOS A MARÍA:

✓ La Maternidad Divina:

Esta afirmación tiene su origen en Egipto, en el siglo III, luego en Occidente durante el siglo IV, pero ha sido asumida en el Concilio de Éfeso en el 431. Se afirma que María es madre de la persona de su Hijo, madre de su Hijo en persona y este Hijo es Dios. El Hijo del Padre se convirtió en Hijo de María. Ella fue llamada a ser madre de manera libre y consciente (Dz. 111).

✓ La Virginitad Perpetua de María:

La fe de la Iglesia ha afirmado la concepción virginal del Señor, es decir, que Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo. El Papa Paulo IV en 1555, afirma que María “permaneció siempre en la integridad de la virginitad, a saber, antes del parto, en el parto, y perpetuamente después del parto”. Si bien esta afirmación no está definida *ex Cathedra* implica para los creyentes un adhesión de fe a esta enseñanza (Dz. 993).

✓ La Inmaculada Concepción:

El 8 de diciembre de 1854, Pío IX definía solemnemente este dogma: “Declaramos, proclamamos, y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, salvador del género humano, está revelada por Dios; y por consiguiente, ha de ser creída firme y constantemente por todos los fieles” (Dz. 1641).

✓ La Asunción en Cuerpo y Alma a los cielos:

El 1 de noviembre de 1950, Pío XII, definía como dogma de fe la asunción corporal de María: “proclamamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado que la Inmaculada Madre de Dios, siempre virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial” (Dz.2333).

María, nueva Eva:

Sin ser un dogma de fe, proclamado solemnemente por la Iglesia, constituye una verdad teológica sobre María su asociación a la obra salvadora de Cristo, que ya la más antigua Tradición cristiana expresó con el tema de “nueva Eva” aplicado a María. Esta asociación es en María una verdadera cooperación. Al participar de la redención se vincula a la Iglesia, que también es llamada “nueva Eva”.

Dice el Papa Francisco en EG n°287:

“Ella es la mujer de fe, que vive y camina en la fe[214], y «su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia»[215]. Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un destino de servicio y fecundidad. Nos-otros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores [216]”

MARÍA EN EL CULTO DE LA IGLESIA

La Virgen María es honrada en la Iglesia con un culto particular. Al ser venerada como Madre de Dios los fieles se acogen a ella en todas las necesidades y peligros. Pero, junto con este culto de súplica, existe hacia ella un culto de alabanza o veneración y un culto de imitación. Las palabras proféticas del Arcángel (Lc 1,48-49) tienen su cumplimiento en la veneración del Pueblo de Dios hacia María.

Se pide a los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico y se estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad, sobre todo el *Angelus*, y el *Santo Rosario*. También es bueno valorar el mes de María, los sábados dedicados a María, las peregrinaciones y las letanías.

El culto a la Santísima Virgen María es parte fundamental de la religiosidad popular de nuestro continente. Prueba de ello son las innumerables peregrinaciones a los santuarios marianos diseminados en toda América Latina. Sin duda, nuestro pueblo responde afirmativamente a la predilección de la Virgen por nuestras tierras y nuestra gente. Desde los comienzos de la Evangelización estas pruebas del amor de María son constatables.

Por todo esto la Religiosidad popular se convierte en una característica muy peculiar de la Iglesia latinoamericana.

Junto con esta religiosidad popular aparecen algunas desviaciones del culto a María. Han sido frecuentes en estos últimos años, la proliferación de advocaciones marianas acompañadas de Revelaciones privadas de supuestos mensajes de la Virgen recibidas por personas particulares. No deja de extrañar el lenguaje fuera de época y el contenido apocalíptico que tienen como común denominador estos mensajes.

Debemos tener presente que la Iglesia es muy cauta en recomendar a los fieles ese tipo de lecturas. Más bien, la Iglesia con su sabiduría milenaria nos invita a oír una y otra vez *el único mensaje de la Virgen en el Nuevo Testamento*: “Hagan todo lo que Jesús les diga” (Jn 2,5).

Además, la Teología de la Revelación, nos enseña que ésta se cerró con la muerte del último de los apóstoles de Jesús. Desde ese momento la Iglesia va sacando de ese depósito de la fe, que es la Sagrada Tradición aquellas verdades necesarias para la salvación de los hombres.

Para finalizar, reflexionemos con las palabras del Papa Francisco en EG n°286, para que demos acogida a María en nuestro corazón y dejemos que ella sea el puente que nos ayude a llegar a la santidad siguiendo los pasos de su hijo Jesús:

“María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios. A través de las distintas advocaciones marianas, ligadas generalmente a los santuarios, comparte las historias de cada pueblo que ha recibido el Evangelio, y entra a formar parte de su identidad histórica. Muchos padres cristianos piden el Bautismo para sus hijos en un santuario mariano, con lo cual manifiestan la fe en la acción maternal de María que engendra nuevos hijos para Dios. Es allí, en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida. Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: «No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?»[213].”

* Para celebrar la fe de María, para agradecer su compañía, ejemplo y guía en este camino para alcanzar el Reino de Dios como hermanos en Cristo Jesús, te invitamos a escuchar una última canción:

<https://www.youtube.com/watch?v=AbFYaWjpcZY>

LECTURAS RECOMENDADAS:

Concilio Vaticano II, Lumen Gentium Cap. VIII.

Documento de Puebla 282-303 y 454.

Catecismo de la Iglesia Católica 1674-1676.

Anexo unidad 12

Les presentamos a continuación algunos párrafos para enriquecer lo aprendido en esta unidad. Los siguientes extractos han sido tomados del libro “María, espejo de la Iglesia” del actual Cardenal de la Iglesia, Raniero Cantalamessa.

En María se encarna la Gracia de Dios y ella nos anima a recibirla en nuestro corazón

“El ángel invita a María a alegrarse a causa de la gracia y a no tener miedo a causa de la misma gracia. Si María es figura de la Iglesia, entonces, es a cada alma creyente que se dirige la invitación:

¡Alégrate, llena de gracia! y ¡No temas porque has encontrado la gracia! [...] Es necesario hacer todo lo posible para renovar cada día el contacto con la gracia de Dios que está en nosotros. No se trata de entrar en contacto con una cosa, o con una idea, sino con una persona, de momento que la gracia, habíamos visto, no es otra cosa que “Cristo en nosotros, esperanza de gloria”. [...] Es un ejercicio de fe, de gratitud, de asombro. Debemos creer en la gracia, creer que Dios nos ama, que nos es verdaderamente favorable, que por la gracia hemos sido salvados, que el Señor esta también “con nosotros”, como estuvo con María. Acoger como dichos para cada uno de nosotros las palabras pronunciadas por Dios por medio del profeta: Tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi elegido; *Tú, a quien tomé...No temas, que yo estoy contigo; no te angusties, que yo soy tu Dios* (Is 41,8-10). *¡No temáis, porque has encontrado la gracia!*.”¹

María la llena de fe

“María es ejemplo del modo de actuar de Dios en la historia de la salvación. “No hay nada – escribía Tertuliano- que desconcierte tanto la mente humana, como la simplicidad de las obras divinas que se ven en acción, comparada con la grandiosidad de los efectos que en ella se obtienen...Mezquina incredulidad humana, que niega a Dios su propiedad, que son la simpleza y el poder!” [...] María es el ejemplo de esta desproporción divina entre lo que se ve desde el exterior y lo que sucede dentro. ¿Que era María en su aspecto exterior, en su pueblo? Nada deslumbrante. Probablemente para sus parientes y coterráneos ella era simplemente Myriam, “la María”, una jovencita modesta, con nada excepcional. [...] En María la magnificencia de la gracia convive con el modo más absolutamente simple y concreto.”²

“Lo grandioso que había ocurrido en Nazaret, después del saludo del ángel, es que María “ha creído” y así se convirtió en “Madre del Señor”. No hay dudas de que este haber creído se refería a la respuesta de María al ángel: *Yo soy la esclava del Señor: que se cumpla en mí tu palabra* (Lc 1,38) [...] Esta palabra de María representa “el vértice de todo comportamiento religioso delante de Dios, porque ella expresa, de la manera más elevada, la disponibilidad pasiva unida a la prontitud activa, el vacío más profundo que se acompaña con la plenitud más grande” [...] Hoy diríamos que María se ofrece a Dios como una página en blanco, sobre la cual él puede escribir lo que quiera.[...] “En un instante que no se desvanece nunca más y que permanece válido para toda la eternidad, la palabra de María fue la palabra de la humanidad y su “sí”, el amén de toda la creación al “sí” de Dios.” (K. Rahner) En él es como si Dios interpelara de nuevo la libertad creada, ofreciéndole una posibilidad de redención. Es este el sentido profundo del paralelismo: Eva-María, querido a los Padres de la Iglesia y a toda la tradición. “Eva, cuando todavía era virgen, acoge la palabra de la serpiente y dio a luz a la desobediencia y la muerte. Por el contrario, María, la Virgen, acogiendo con fe y alegría el feliz anuncio del ángel Gabriel, respondió: *Que se haga en mí según tu palabra*” “Lo que Eva unió con su incredulidad, María lo deshizo con su fe.” [...] En eso se basa san Agustín cuando escribe: “La Virgen María dio a luz creyendo, lo que había concebido creyendo...Después de que el ángel hubiera hablado, ella, llena de fe (*fide plena*), concibiendo a Cristo primero en el corazón que en el seno, respondió: *Yo soy la esclava del Señor: que se cumpla en mí tu palabra*”. A la plenitud de la gracia por parte de Dios, corresponde la plenitud de la fe por parte de María.”³

“La belleza del acto de fe de María está en el hecho de que el “sí” nupcial de la esposa al esposo, pronunciado con total libertad. El “sí” de María no es un acto sólo humano, sino también divino, porque está suscitado, en la profundidad del alma de María, por el Espíritu Santo mismo. De Jesús está escrito que “por el Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios” (cfr. Heb 9,14). También

¹ R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, Buenos Aires, Ágape, 2013, págs. 54-55.

² R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, 2013, págs. 57-58.

³ R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, 2013, págs. 58-61.

María se ofreció a sí misma a Dios en el Espíritu Santo [...] Ella ha sido “colmada de gracia”, sobre todo para esto: para poder acoger con fe el mensaje que estaba por recibir. Si sin el Espíritu Santo no podemos ni siquiera decir: *¡Jesús es el Señor!* (cfr. 1 Cor 12,3), ¿Qué pensar de este “fiat” de María del que dependía en un cierto sentido, el hacerse hombre del Verbo y la existencia misma del Señor? Así se cumplen siempre las grandes obediencias, a partir de la de Cristo: Dios infunde, mediante el Espíritu Santo, en el corazón de la creatura, la caridad, y la caridad mueve a la creatura a hacer lo que Dios quiere. La caridad se convierte en ley, la ley del Espíritu. Dios no impone su verdad, sino que da la caridad. [...] Esto explica la entrega de María; ella se siente amada por Dios y es este amor que la mueve a darse a Dios con todo su ser. [...] La fe de María es, por lo tanto, un acto de amor y de docilidad, libre aun si está suscitado por Dios, misterioso como misterioso es, cada vez, el encuentro entre la gracia y la libertad.”⁴

María, Madre de Dios y figura de la Iglesia

“Por último, el título Madre de Dios proclama que Jesús es Dios y hombre *en una misma persona*. [...] Los Padres decían que el seno de María fue el tálamo en el cual tuvieron lugar las bodas de Dios con la humanidad [...], no dudaron en llamar a la santa Virgen “Madre de Dios”, no porque la naturaleza del Verbo o la divinidad haya tenido origen en ella, sino porque nació de ella el santo cuerpo, dotado de un alma racional al cual el Verbo estaba unido hasta formar con él una sola persona. [...] María es quien ha anclado a Dios a la tierra y a la humanidad; aquella que con su maternidad divina y humanísima, ha hecho para siempre de Dios el Emanuel, el Dios-con-nosotros. Ha hecho de Cristo nuestro hermano.”⁵

“La Virgen María precedió a la Iglesia como su figura. [...] El Concilio Vaticano II... escribe: La Iglesia... se vuelve ella también madre, porque con la predicación y con el bautismo engendra una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios.”⁶

“María y la Iglesia son una madre y más madres; una virgen y más vírgenes. Una y la otra madre, una y la otra virgen. Tanto una como otra, sin concupiscencia, conciben del mismo Espíritu; tanto una como la otra dan al Dios Padre una prole sin pecado. Aquella, sin pecado alguno, dio a luz a la Cabeza al cuerpo; está, en la remisión de todos los pecados, da el cuerpo a la Cabeza. Ambas madres de Cristo, pero ninguna dio a luz el todo sin la otra. Por esto en las Escrituras inspiradas divinamente, lo que se dice de modo universal de la Virgen Madre Iglesia, se entiende de modo particular de la Virgen Madre María; y lo que se dice de modo especial de la Virgen María, se lo entiende en sentido general de la Virgen Madre Iglesia... Por último, cada alma fiel, esposa del Verbo de Dios, madre hija y hermana de Cristo, es considerada también ella a su modo virgen y fecunda. La misma Sabiduría de Dios que es el Verbo del Padre aplica entonces universalmente a la Iglesia lo que se dice especialmente de María y particularmente también de cada alma creyente.”⁷

⁴ R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, 2013, págs. 65-68.

⁵ R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, 2013, págs. 97-98.

⁶ R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, 2013, págs. 106-107.

⁷ R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, 2013, págs. 107-108 (Cita de: Isaac de la Estrella, *Discursos* 51 (PL 194, 1863s).